

Vanegas, Alejandra

Rafael Huertas. Historia cultural de la psiquiatría. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2012,  
221 pp.

Trashumante. Revista Americana de Historia Social, núm. 5, enero-junio, 2015, pp. 335-  
338

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Cuajimalpa  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=455644905017>

Rafael Huertas. ***Historia cultural de la psiquiatría.*** Madrid:  
Los Libros de la Catarata, 2012, 221 pp.

Alejandra Vanegas<sup>1</sup>

**E**n *Historia cultural de la psiquiatría*, Rafael Huertas nos ofrece una serie de ensayos que recogen los principales debates y líneas de investigación contemporáneos en historia de la psiquiatría. Partiendo de la impronta marcada por la *Historia de la locura en la época clásica* como trabajo fundacional de la historia crítica de la psiquiatría, Huertas construye un panorama de las tendencias y discusiones que tienen lugar desde la historia de la subjetividad, la filosofía de la ciencia, la historia cultural y la psicopatología descriptiva. El manicomio, por ejemplo, es mostrado como una realidad social que puede pensarse, según sea el punto de vista, como una creación humana comprensible a partir de los conceptos de orden y desorden, disciplinamiento, control y exclusión (Foucault), como un espacio en el cual se construye un conocimiento psicopatológico (Swain), o como el ambiente en el cual se desarrolla una formación social corporativa, una comunidad académica y profesional con unos intereses específicos (Goldstein). Cada una de estas perspectivas conducirá, seguramente, a conclusiones diferentes, pero no por ello inválidas.

En este orden de ideas, cabe destacar, a propósito de este trabajo, la manera en que el autor valora los aportes que desde distintos enfoques se han realizado en historia de la psiquiatría. Al respecto, Huertas explica que los resultados obtenidos por investigaciones de tendencias diversas tienen que ver no solo con la correcta o incorrecta aplicación de unas técnicas, sino también –y de manera muy especial– con las fuentes elegidas y con el tipo de preguntas que el investigador les dirija.

Sin embargo, las preguntas a partir de las cuales el investigador se enfrenta a sus fuentes, así como la elección de estas últimas, no brotan precisamente de la nada, sino que tienen de hecho un origen bien concreto: la ideología. Así pues, la diversidad de enfoques que enriquece la construcción de un conocimiento social e histórico depende no solo de las fuentes visitadas, sino también de las convicciones ideológicas de quien lleva a cabo la investigación. Este punto de vista, que de manera provocativa y argumentada nos presenta el autor, permite apreciar

1. Estudiante de Sociología – Universidad de Antioquia.

las fortalezas de diferentes tradiciones investigativas, incluso si son sustancialmente diferentes. Resulta posible calibrar, por ejemplo, el aporte realizado por la psiquiatra y psicoanalista francesa Gladys Swain sin necesidad de desconocer la importancia de los trabajos que nos han legado autores tan notables como Robert Castel y el propio Michel Foucault, caso en el cual es evidente el impacto que la ideología ejerce sobre la elección de las fuentes, así como el influjo de estas sobre el producto final de la investigación.

Precisamente, uno de los supuestos más interesantes en los que se apoya este libro es aquél que afirma que todo conocimiento histórico (y en general el conocimiento producido por la ciencia social) posee una carga ideológica ineludible, característica que Huertas invita a entender no como una desventaja, sino como una peculiaridad metodológica que dificulta la separación entre lo objetivo y lo subjetivo. Coincido con el autor en que este rasgo resulta tan problemático como maravilloso, pues si bien por un lado complica la elaboración de parámetros de calidad y validez científica, por el otro entraña posibilidades que de otra manera no estarían presentes. Así, no tiene sentido fundamentar una crítica en el carácter ideológico de un trabajo, aunque sí puede exigirse al investigador que haga explícitas sus convicciones y su punto de partida, y que asimismo reconozca cuándo sus presupuestos se han visto rebatidos por los hallazgos investigativos. La manera como cada investigador se posicione frente a sus propias convicciones ideológicas debe entenderse, para Huertas, como un asunto de honestidad intelectual. También, podría añadirse, se trata de una parte activa de la producción de conocimiento, ya que, según se ha mencionado, posee la capacidad de influenciar fuertemente los resultados de la investigación.

Por otro lado, ha de reconocerse que, si bien la ficción de la objetividad de la ciencia social (y, por qué no decirlo, también de la psiquiatría) debería caer por su propio peso luego de que su paradigma fundante ha entrado en crisis (el positivismo clásico), este carácter suyo de subjetividad, y por tanto de relatividad, no resulta más obvio, pues el conocimiento que se produce en nuestros días continúa estando impregnado de una fuerte pretensión de objetividad. El fantasma –o la neurosis– de la mirada objetiva y transparente continúa presionando fuertemente el quehacer académico de la ciencia social, así como el de la medicina mental. Es importante anotar que esta última es caracterizada acertadamente por Huertas como un producto cultural específico de la sociedad burguesa, a la cual debe las condiciones requeridas para su surgimiento. La sociedad burguesa, que entraña un ethos aséptico y disciplinado, resultó propicia al desarrollo de técnicas que apuntasen al control de las desviaciones sociales, a través, por ejemplo, de la clínica y de las representaciones producidas a través de ella.

Resulta sugerente, al respecto, pensar que existen importantes similitudes entre la ciencia social en general y la propia psiquiatría, pues la primera también está histórica y culturalmente situada en el mundo burgués y no deja de tener ciertas preocupaciones, limitaciones y fines en común con la medicina mental. Después de todo, ambas apuntan a la producción de un conocimiento acerca del hombre y,

en cierta medida, el conocimiento que producen permite también el desarrollo de estrategias de ordenamiento de la sociedad. Ello sin contar con el problema de la subjetividad, que para bien y para mal se interpone siempre en el camino, al igual que la ideología.

Huertas también argumenta que, con independencia de cómo se solucione el problema de la génesis de la enfermedad mental (origen biológico versus origen social), esta debe entenderse siempre como una elaboración cultural que produce representaciones (tanto en la imaginación del enfermo como en la de sus semejantes). Éstas dependen del contexto social en el cual se desenvuelve la persona que porta la etiqueta social de enfermo o de anormal en un sentido más amplio.

Y es que actualmente, según explica Huertas, el problema de si la enfermedad mental constituye una entidad natural o una construcción social sigue estando en el centro del debate en historia de la psiquiatría. Enfrentando las posturas antagónicas del culturalismo y el biologicismo, el autor llama la atención sobre la vigencia de esta discusión, a partir de la cual pueden caracterizarse y situarse corrientes de pensamiento tan interesantes como la iniciada por Foucault en los años 60 o la liderada actualmente por el psiquiatra e historiador de la psiquiatría German Berrios, cabeza de la escuela psicopatológica de Cambridge. Así, si bien el tema del origen de la enfermedad mental parte de un consenso más o menos general acerca de la influencia que la cultura ejerce sobre ella, las posiciones clásicamente antagónicas siguen teniendo vigencia en la medida en que el culturalismo privilegia la determinación social de la locura mientras que el biologicismo sitúa sus causas primeras en factores bioquímicos. La cultura actuaría sobre estos como una especie de arquitecto que modela y diseña, pero siempre de manera secundaria a lo fisiológicamente dado.

Me detendré ahora sobre un tema que ha sido insistentemente trabajado por el autor, en este texto y también en otros. Se trata del argumento que sustentaría, en primer lugar, la importancia de construir un conocimiento histórico de la psiquiatría, en segundo lugar, la forma de construirlo y, en tercer lugar, los fines a los cuales dicho conocimiento debería apuntar. Para Huertas, la comunicación y el trabajo conjunto entre psiquiatras clínicos e historiadores de la psiquiatría debe trascender la simple función de construcción de un acervo cultural superfluo o inocuo para convertirse en una interacción comprometida y con capacidad de impactar la comprensión que los psiquiatras tienen de su profesión, tanto en el aspecto teórico como en el práctico. En este sentido, el autor coindice con la perspectiva de Berrios, para quien el retorno a la psicopatología descriptiva y su historia constituyen un camino para cualificar y fortalecer teóricamente el frágil andamiaje conceptual que caracteriza a la psiquiatría contemporánea.

Acá Huertas insiste sobre lo que podría considerarse como una de sus principales apuestas: la necesidad –y la vigencia– de la construcción de un saber histórico de y para la psiquiatría, un saber que no se limite a cualificar culturalmente a quienes lo poseen, sino que tenga la capacidad de influir positivamente sobre la forma como los individuos y los grupos construyen su realidad. El conocimiento histórico del

cual estamos hablando “impregna el tejido social, generando actitudes individuales y colectivas que dan forma a elaboraciones culturales de no poca trascendencia” (p. 12).

Con base en esto, afirmará luego Huertas que la historia “vuelve a ofrecer claves para entender las teorías y conceptos que han conformado las doctrinas psiquiátricas, pero también las discrepancias entre paradigmas y entre las diversas maneras de abordar la clínica, el tratamiento y la atención a los pacientes mentales” (p. 16). Ello resultaría útil para el psiquiatra en ejercicio, al permitirle comprender la forma en que los conceptos con los cuales se da forma a la enfermedad mental se encuentran imbricados en la trama de las relaciones sociales, en la cual están inmersos tanto el paciente como el mismo médico.

Según esto, la construcción de un conocimiento histórico en torno a la psiquiatría tan solo revestirá utilidad si en ella están implicados los saberes de psiquiatras clínicos e historiadores; es decir, si las herramientas y la agudeza analítica de los primeros, aunadas al conocimiento teórico de los segundos, logran desembocar en un conocimiento común, comprensible tanto para unos como para otros. Pero además, hace falta que este conocimiento dé lugar a una verdadera capacidad de reflexionar sobre la psiquiatría y de transformarla de acuerdo con una comprensión más clara de su ethos y de su significado cultural.

Por último, el mayor punto a favor de este texto consiste tal vez en su capacidad de poner a discutir trabajos, tendencias y escuelas, evitando parcializaciones excesivas e inútiles, permitiendo apreciar la importancia pasada y actual de diversas tradiciones investigativas. Asimismo, es de notar que cada capítulo, que consiste de hecho en un ensayo individual, expone discusiones teóricas y metodológicas distintas, al cabo de las cuales se ofrece cada vez una amplia bibliografía. Esto ayuda al lector a situarse en el terreno general de la historia de la psiquiatría, al tiempo que lo invita a explorar más a fondo las discusiones y líneas de investigación específicas presentadas en el texto. Además, y a manera de provocación, se señalan fuentes y problemas que han sido poco o insuficientemente explorados y que en la actualidad reclaman una mayor atención de los historiadores, perfilándose como ámbitos de investigación prometedores.

DOI: [dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n5a17](https://dx.doi.org/10.17533/udea.trahs.n5a17)